

ahmel
echevarría

una isla invisible

"Durante toda su vida Donald Evans hizo sellos". Con esta frase, Italo Calvino (Santiago de las Vegas, 1923-Siena, 1985) comienza uno de los textos que forma parte de la compilación de artículos periodísticos *Colección de arena* (Siruela, 2001). Para Evans, dibujar sellos fue una obsesión y justo es aquí donde su vida y obra comienzan a transfigurarse para devenir ante mí personaje de ficción –y no uno cualquiera, sino un personaje de Borges.

Durante toda su vida Donald Evans dibujó sellos, este atípico cauce que tomó su aptitud para la plástica parte de su afición por coleccionar estampillas cuando sólo era un niño. Con el transcurso de los años series completas se irán sucediendo, sin embargo no es la cantidad de estampillas que pudo haber hecho lo que lo transfigura ante mí en un personaje de ficción, sino lo que caracteriza su obra. Para sus series no sólo tenía en cuenta la inclusión de los bordes blancos y dentados característicos de los sellos, también decidió que cada serie de estampillas serían "emitidas" en un año determinado. Con esta elección, Evans dotaría a sus sellos no sólo de un supuesto año de cancelación, cada serie se distinguiría por un determinado estilo, diseño y gama de colores que debía estar en correspondencia con los timbres postales que realmente circularon en el año elegido por él.

Por todos es conocido que cada estampilla tiene un país de origen, con este simple dato podríamos elaborar un

La angustia de ser devorado

UNA UNA

ISLA ISLA
isla

verdadero mapa. En el caso de Evans, es la ubicación geográfica que le otorga a sus series de sellos postales lo que verdaderamente sorprende. A lo largo de los años compuso toda una geografía completamente imaginaria: países y ciudades creadas y nombradas por él –con la flora y la fauna "típica", objetos diseñados y contruidos por el hombre, la moneda que allí debía circular, etc.

Según Calvino, algunos de los países y ciudades fueron nombrados y creados por Evans a partir de nombres y lugares "modestos y mínimos" que estuvieron en la ruta de los innumerables viajes de Donald Evans.

¿No es acaso esta pasión que suma más de 4.000 estampillas una pequeña enciclopedia? Para Calvino, a Evans lo movía la necesidad de "llevar un diario de estados de ánimo, sentimientos, experiencias positivas, valores sintetizados en objetos emblemáticos". A esto añadiría la pasión y la necesidad de "narrar", con pequeñas imágenes, un gran relato. Su colección de sellos es una detallada descripción de un mundo irreal llevada a cabo por un hombre que nació en los Estados Unidos en 1945 y que murió en Ámsterdam, en 1977, tras un incendio.

Una corta vida la de este pintor.

¿Qué habría hecho Donald Evans, tras su paso por Italia, si hubiera conocido que, a 30 kilómetros al sur de Sicilia, hay una isla que se sumerge y emerge? ¿La habría incluido en su serie de estampillas?

La última vez que emergió la isla Fernandina fue en el siglo XVIII. Su origen es volcánico. Tras una columna de agua y humo emergió esta pequeña superficie rocosa de apenas 4 kilómetros. Su aparición y descubrimiento generó entre Inglaterra, Italia y Francia la disputa por la soberanía debido a su ubicación geográfica. La Fernandina devenía así en una posición estratégica –desde ella se podía vigilar el tráfico marítimo entre Italia y África.

Con la disputa, tres banderas y tres nombres marcaron la existencia de este pedazo de roca en medio del mar: Isla de Graham gracias al empeño de la corona británica, Fernando II reclamó a la Fernandina como parte del Reino de Sicilia, Francia envió una expedición y sobre la piedra clavó la bandera para entonces nombrar a la isla como Julia. Cinco meses después de la erupción, la Fernandina, Graham o Julia se sumergió.

Previendo una nueva aparición y anticipándose a cualquier otra bandera o conflicto, los italianos se encargaron de desenterrar y fotografiar la placa con la que el gobierno siciliano reclamó el territorio.

¿Qué habría hecho Donald Evans tras conocer la existencia de una isla que se sumerge y emerge?

Una breve vida en la superficie la de este pedazo de piedra de origen volcánico.

Italo Calvino no incluye ninguna referencia de que Donald Evans haya extendido su ruta de viajes hacia el Caribe. De haber viajado, ¿cuál sitio "mínimo y modesto" habría elegido?

Si en su serie de estampillas reprodujo la flora y la fauna, molinos, dirigibles y monedas –su obsesión llegó hasta hacer “cancelaciones” de sellos, el sobre con los sellos y matasellos, la dirección de un posible remitente con una caligrafía y nombre inventados para hacer todavía más verosímil su gran relato–, bastaría prefijarnos el nombre de algún país del Caribe y fabular.

Digamos entonces Cuba.

Cuba es la isla mayor de un extenso archipiélago y hay un pequeño islote cuya existencia estuvo marcada por fuertes perturbaciones. Emergió en 1946, se desplazó por diferentes geografías, todas reales (la antigua República de Checoslovaquia, y la otrora Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, España, Estados Unidos), y en julio de 1993 desapareció. A ratos emergía, pero su presencia era casi irreal, tal como si se desplazara a pocos centímetros de la superficie. Si alguna placa marca la pertenencia de este territorio a un país o espacio definido, sólo está en la memoria o en los liberos de algunos individuos. Esa isla es el escritor Guillermo Rosales y de pertenecer a un supuesto espacio geográfico no queda otro remedio que ubicarlo en tierra de nadie o en tierra de todos –a la larga es lo mismo–: la literatura, literatura *a secas*.

Tras la muerte, su figura sigue siendo tan imprecisa como en vida a falta de un relato que aglutine los detalles más importantes de su paso por el reino de este mundo. Textos breves, simples retazos tanto en papel impreso como en Internet. De Guillermo Rosales, a 14 años de su muerte, hasta ahora sólo hay dos libros publicados (*El juego de la viola / Sábado de gloria, domingo de resurrección* –título con el que esta novela concursó en el premio Casa de las Américas en 1968, donde quedó finalista y cuyo jurado, presidido por Julio Cortázar, recomendó su publicación, sin embargo fue publicada póstumamente en 1994 por Ediciones Universal, Miami–, y *Boarding Home / La casa de los naufragos* –título de la edición hecha por Ediciones Siruela, 2003).

En esos retazos pude leer que el libro *El alambique mágico*, escrito por Rosales en Miami, permanece inédito, incluso se habla de otro: *El búnker fantasma*. De *El alambique...*, escrito entre 1988 y 1990, hay testimonios de su existencia, Carlos Victoria dice que Rosales estaba insatisfecho con ese libro de doce cuentos eróticos no autobiográficos debido a su calidad irregular, otra copia del manuscrito ha estado en manos de Norberto Fuentes. ¿Será acaso la misma copia? *El búnker...* es un fantasma –se habla de otros libros que escribió y destruyó, y de otros que intentaba o quería escribir.

Pero alguien podría esgrimir que no hay mejor relato de la vida de Guillermo Rosales que su *Boarding Home*. “Un libro autobiográfico”, tal como dicen los retazos que he podido leer. Este libro es una novela breve, la edición que tengo en mi poder es delgada, de tapas duras. ¿Será cierto que *Boarding Home* o *La casa de los naufragos* es verdaderamente una novela autobiográfica –por ahora dejemos fuera la polémica acerca de cuán autobiográfico puede ser o no un texto de

ficción–? De serlo, la primera línea no la podría condensar de manera mejor: “La casa decía por fuera «boarding home» pero yo sabía que sería mi tumba”.

En esa necesidad de juntar los retazos de esta isla cuyo tránsito por diferentes geografías estuvo marcado por la locura, puedo concluir que los autores de los artículos dan fe del carácter irascible de Guillermo Rosales, una inaudita capacidad de rencor, que además estaba esclavizado por el odio y le hacía ver enemigos en cada rostro y escuchar insultos en cada frase. Puede ser cierto que Rosales era un hombre marcado por la furia y de una fuerte voluntad suicida, que los medicamentos recetados no lo dejaban concentrarse ni escribir, pero también hay testimonios de que sus pocos amigos le guardaban fidelidad. ¿Era cordial en sus momentos de lucidez o lo era antes de verse bajo el tormento de la enfermedad mental que padeció? Se cuenta que en su etapa como colaborador en la Revista Mella lo veían como un tipo brillante, de una enorme capacidad para fabular y que entre sus bromas y carcajadas afloraba la ironía, aunque también se dice que bajo esta alegría se agazapaba una profunda tristeza. La ironía, es este un gran detalle, pues la ironía y la levedad son dos buenos recursos para tirarle el cuerpo a las adversidades –en estos retazos se habla de locura y asedio por su literatura e ideas, a esto hay que sumarle que luego de emigrar en Miami sufrió la tragedia y el desarraigo.

Boarding Home recibió el premio de novela en la primera edición del concurso *Letras de Oro*, convocado en 1986. Se dice que fue Carlos Victoria quien entregó el manuscrito al concurso, edición presidida por Octavio Paz. Rosales, vestido con un smoking negro alquilado “que le sobraba en su cuerpo reseco, posó al lado de las personalidades del mundillo intelectual de Miami”. La ceremonia de premiación incluyó una cena, tras comer en la misma mesa junto al futuro Premio Nobel Octavio Paz, Rosales regresó al boarding home. La novela no sería publicada hasta un año después, en 1987, y entre los detalles que me revelaron los artículos está el hecho de que *Letras de Oro* “no cumplió el objetivo de publicar en inglés las obras de los autores ganadores”.

La Habana, en la antigua Checoslovaquia tal vez Praga, o Moscú en la otrora URSS, Madrid, Miami: un itinerario marcado por profundas crisis, la incompreensión. “No soy un exiliado político –dijo–. Soy un exiliado total. A veces pienso que si hubiera nacido en Brasil, en España, en Venezuela o en Escandinavia, hubiera huido también de sus calles, sus puertos y sus praderas”. Esto bien podría haberle sido útil a Evans de haber viajado al Caribe y si hubiera conocido a la isla Rosales, o quizá este fragmento de *Boarding Home / La casa de los naufragos*: “Helo aquí: *El Puma*. No sabe quién es Joyce ni le interesa. Jamás leerá a Coleridge ni lo necesita. Nunca estudiará *El 18 Brumario* de Carlos Marx. Jamás abrazará desesperadamente una ideología y luego se sentirá traicionado por ella. Nunca su corazón hará *crack* ante una idea en la que se creyó firme, desesperadamente. Ni sabrá quiénes fueron Lunacharsky, Bulganin, Trotsky, Kameneev, o Zinoviev. Nunca experimentará el júbilo de ser miembro de

una revolución, y luego la angustia de ser devorado por ella. Nunca sabrá lo que es *La Maquinaria*. Nunca lo sabrá”.

¿Qué habría hecho Donald Evans en su serie de sellos postales si hubiera conocido la existencia de este islote impreciso y fantasmal?

Guillermo Rosales nació en La Habana en 1946 y se mató de un balazo en julio de 1993, en Miami.

Una breve y difusa vida la de Guillermo Rosales.

guillermo rosales
una isla
invisible
la angustia de ser devorado